



LA TRADICIÓN COLONIAL HISPANO-CATÓLICA EN LUJÁN. EL CICLO FESTIVO DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO¹

María Elida Blasco*

1. Introducción

La construcción histórica del Estado Nacional supuso el intento de formar una identidad nacional única y homogénea que primara sobre las otras formas de identificación existentes. Sin embargo, cada individuo es portador de diversas identidades que le permiten desarrollarse en la vida social: por ejemplo, se es «lujanense» y «argentino», sin exclusiones. Por lo tanto, cabe preguntarnos ¿cómo se desarrolló este proceso de articulación de identidades locales en la Argentina de principios de siglo en donde era prioritaria la construcción de una identidad común a nivel nacional? Como bien lo explica Hobsbawm, existirán «naciones», mientras haya individuos que se reconozcan como parte de ellas y tengan en común un proyecto para el futuro². De la misma forma, podemos decir que existirán «porteños», «bonaerenses», o «lujanenses» mientras exista la voluntad común de un grupo de individuos que se identifiquen como tales.

Los signos de identidad compartida se forman a través del tiempo. Las necesidades del presente incitan a los grupos sociales a forjarse una «tradición» que no proviene del vacío sino que se construye a partir de lo que tienen en la mente; utilizando la hermosa expresión de Carlos Serrano, de lo que el oleaje ha dejado abandonado en la ribera, de los restos fragmentarios del pasado³. Por ello, un capítulo decisivo respecto a este tema lo constituyen los estudios abocados a los procesos de «invención de la tradición» abiertos por la decisiva e influyente obra de Hobsbawm y Ranger⁴. Con esta noción, los

* Universidad Nacional de Luján.

¹ Versiones preliminares de este trabajo han sido presentadas como ponencias en las **VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia** realizadas en Salta en septiembre de 2001 y en el **II Encuentro de Tesistas y Jóvenes Investigadores** realizadas por la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro en noviembre del mismo año. Agradezco los comentarios y las valiosas sugerencias de Alejandro Cataruzza, Alejandro Eujanian, Fernando Rodríguez, Adrián Gorelik, Susana Bianchi, María Elba Argeri, Nicolás Iñigo Carrera y Raúl Fradkin.

² Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1997.

³ Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999, p. 9.

⁴ Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona, EUMO Editorial, 1988.

autores hacen referencia a tradiciones que parecen o pretenden ser antiguas pero que en realidad, son recientes y a veces directamente inventadas. El término es usado en sentido amplio e incluye tanto aquellas formalmente instituidas como las que surgieron de una manera más difícil de reconocer en un período breve y mensurable —que incluso puede ser de unos cuantos años— y que se establecieron con gran rapidez. Son respuestas a situaciones nuevas que toman la forma de referencia a situaciones viejas o que establecen un pasado propio mediante una repetición casi obligatoria.

Para analizar estos mecanismos culturales mediante los cuales un grupo de hombres va construyendo su proceso identitario, los historiadores deben tener presente determinadas herramientas conceptuales y sobre todo los instrumentos mentales utilizados por los individuos y los grupos sociales. La historia sociocultural, uno de los campos de estudios más renovados en las últimas décadas, ha puesto en cuestión los modos habituales y consagrados de producción historiográfica⁵. En términos de Natalie Zemon Davis, la nueva historia social parece mantener vínculos cada vez más estrechos con la antropología y la literatura⁶. A través de estos enfoques la historia social se interesa más por los discursos y las prácticas culturales, las redes y las interacciones sociales y, especialmente, por los factores culturales que son ahora “leídos”, “traducidos”, “interpretados” a través de un tipo de análisis que prefiere las dimensiones locales.

Estas cuestiones de método están asociadas a un replanteo acerca de la omnipresencia de lo cultural en el conocimiento de lo social. Hoy en día se está buscando fusionar la sociedad y la cultura y dar vuelta los supuestos tradicionales sobre la relación entre ambas⁷. El sentido del cambio puede percibirse en la ya famosa expresión de Roger Chartier que lo sintetiza: “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social”. El resultado es un cambio operado a través de la introducción de dos conceptos claves: prácticas —que alude a los diferentes modos de hacer de los diversos agentes sociales— y representación —que alude a las distintas configuraciones mentales que organizan la percepción del mundo social por los sujetos⁸. El objeto fundamental de una historia que apunta a reconocer la forma en que los actores dan sentido a sus prácticas y a sus discursos, reside en la tensión entre las capacidades inventivas de los individuos y las coacciones, las normas, las convenciones que limitan aquello que les es posible pensar, decir y hacer⁹.

Los procesos históricos requieren ser vistos en la «materialidad de sus discursos simbólicos»; por lo tanto, se han habilitado estudios sobre la memoria y la conciencia histórica¹⁰ que invitan a distinguir la historia —objetivación crítica y distanciada del pa-

⁵ Georges G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Labor, 1995.

⁶ Natalie Zemon Davis, “Las formas de la historia social”, *Historia social*, n° 10, 1991, pp. 177-178.

⁷ Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993.

⁸ Roger Chartier, “El mundo como representación”, *Historia Social*, n° 10, 1991, pp. 163-175; Roger Chartier, “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social”, *Historia Social*, n° 17, 1993, pp. 97-104.

⁹ Roger Chartier, «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui, *La «nueva» historia cultural; la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 19-34.

¹⁰ Paul Ricoeur, *Temps et Récit*, París, Seuil, 1983-1985; Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1997.

sado— y la memoria —en tanto forma de apropiación vital y afectiva del mismo—, ambas atravesadas por las dimensiones del poder¹¹. Cuando la memoria y la historia rompen los lazos de solidaridad que las une, se requiere la edificación de «lugares» en donde la segunda venga a inscribir las marcas del pasado para que la primera tenga donde aferrarse y dar vida y continuidad a aquel grupo social que está atravesando un proceso de cambio¹². Para remitir a este tipo de análisis es que Pierre Nora acuñó la frase *Los lugares de la memoria*¹³, que deja abierta la puerta a un enfoque que considere esos mismos discursos simbólicos en el instante de la producción de signos a través de los cuales se plasman las identidades locales y o nacionales. Debido a que éste es precisamente el objetivo general de nuestro trabajo debemos remitirnos necesariamente a los nuevos planteos de la historia social urbana que abordan la cuestión del «espacio público»¹⁴ desde diversas perspectivas¹⁵ redefiniéndolo como emergente de prácticas sociales de diverso origen en sistemas de significaciones.

Nuestros dos objetivos específicos están de esta forma claramente delimitados: en primer lugar, identificar los roles que jugó la ciudad de Luján en la composición del clima del Centenario de la Revolución de Mayo. En segundo lugar, establecer la importancia simbólica del ciclo festivo organizado para dicha ocasión desarrollado en espacios urbanos claramente delineados desde el Estado en el doble proceso de fortalecer la identidad local y redefinir la identidad nacional. Este trabajo nos permitirá advertir, ya veremos, que dentro de este doble proceso de construcción de identidades, la religión católica jugó un papel central.

Adoptamos por lo tanto un procedimiento analítico basado especialmente en la reducción de la escala de observación con la intención de revelar factores no observados previamente e identificar significados a la luz de contextos específicos propios¹⁶. Muchos son los trabajos que han analizado las celebraciones del Centenario desarrolladas en la ciudad de Buenos Aires y la incidencia de estos festejos en el clima cultural de la época. En lo que respecta a la ciudad de Luján, son muy valiosos los estudios realizados por Norberto Marquiegui de los cuales hemos partido para conocer el entramado social de una ciudad conformada por varios grupos inmigratorios¹⁷. Estos trabajos y la eviden-

¹¹ Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

¹² Carlos Serrano, op. cit., p.12.

¹³ Pierre Nora, "La loi de la mémoire", en *Lé Debat*, n° 78, 1994, pp. 187-191.

¹⁴ Utilizamos este concepto desde la perspectiva analizada por J. Habermas, donde el espacio público es un espacio de mediación entre la sociedad civil y el Estado que puede asumir formas abstractas (jurisdicción, libertad de expresión y de crítica) o formas concretas (constitución de las ciudades, arquitectura, proyectos urbanos); J. Habermas, *L'espace publique*, París, Payot, 1978.

¹⁵ Gérard Althabe, «Producción ejemplar de patrimonios urbanos», en Althabe y Schuster (comp.), *Antropología del presente*, Buenos Aires, Edicial, 1999, pp. 181-191; Alain Mons, *La metáfora social. Imagen, territorio, comunicación*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1994, pp. 114-115. Adoptando la definición de Habermas, el autor hace una clara distinción entre «espacios» y «lugares» públicos. Estos últimos indican en esencia una topología social, una señal espacial que permite la aparición de formas de interacción social específicas. La ciudad opera en forma manifiesta en los "lugares" ya que en ellos se produce el acontecimiento espacial: conmemoraciones, fiestas, manifestaciones, etc.

¹⁶ Giovanni Levi, *Sobre microhistoria*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

¹⁷ Dedier Norberto Marquiegui, "Aproximación al estudio de la inmigración ítalo-albanesa en Luján", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 8, 1988, pp. 51-81; "La inmigración española en Luján (1880-1920)", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 13, 1989, pp. 525-562; "La inmigración gallega a la Argentina. El caso de Luján, 1880-1820", *Ciclos*, n° 4, 1993, pp. 133-153; «Los inmigrantes

cia que hemos obtenido respecto a los años del Centenario nos permiten advertir que estas celebraciones adoptaron una relevancia particular en Luján, donde la vitalidad y la confluencia entre hispanismo y catolicismo dotaban a la localidad de un clima ideológico muy peculiar.

Las fuentes seleccionadas para este trabajo pueden diferenciarse en dos grupos: por un lado contamos con el *El álbum gráfico de Luján*, publicado en ocasión de los festejos de 1910, bajo la dirección de Apolo Jordán y Juan B. Barnech¹⁸. La publicación, impresa en la localidad por los mismos talleres gráficos que editaban *La Perla del Plata*¹⁹ describe a través de riquísimas imágenes y comentarios el desarrollo económico y socio-cultural de la ciudad en el año 1910 lo que permitirá analizar la producción de la *imagen de marca*²⁰ que las élites locales utilizaron como estrategias de promoción de la ciudad. Por otro lado, para analizar los festejos realizados en ocasión del Centenario contamos con la narración que hacen de ellos Antonio Scarella en 1925 en su trabajo *Pequeña Historia de Nuestra Señora de Luján*²¹ —donde se reproduce la información editada por periódicos de la época— y Enrique Udaondo en 1939²².

2. La preparación del Centenario: las transformaciones urbanas en Luján a fines del siglo XIX y principios del XX

Los estudios de historia cultural advierten que el año del Centenario estuvo atravesado por un replanteo profundo acerca de la historia y, a través de ella, de la idea misma de nación. Desde fines del siglo XIX, las élites culturales, el Estado y el conjunto de los actores sociales se replanteaban acerca del lugar y los componentes de la tradición nacional²³. En verdad, se trataba de una crisis cultural que adoptó múltiples manifestacio-

en los orígenes de las empresas argentinas. El caso de la Sociedad Anónima de Electricidad de Luján (1911-1930)», *Cuadernos de Historia Regional*, n° 16, Universidad Nacional de Luján, 1994, pp. 87-109; *El barrio de los italianos. Los Italo-albaneses de Luján y los orígenes de Santa Elena*, Luján, Librería de Mayo, 1995; «Liderazgo étnico, redes de relación y formación de una identidad inmigrante en el destino. Un balance a partir de los casos de los españoles, franceses e italianos de Luján», *Cuadernos de Trabajo*, n° 15, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, 2000, pp. 123-189.

¹⁸ Juan Barnech; intendente municipal en dos oportunidades: 1898/99 y 1905/06.

¹⁹ Revista del santuario costeadada por el Padre Vicente M. Davani.

²⁰ Alain Mons, op. cit., pp. 26, 44, 79-80. El autor utiliza este concepto en su estudio sobre la representación de sí mismos que producen los municipios franceses en la actualidad. Según este trabajo, la imagen de marca permite fijar e indicar la coherencia de un conjunto de acciones llevadas a cabo para promover un producto, una institución, una empresa, una ciudad, etc. En el caso de las ciudades, estas «imágenes de marca» o imágenes promocionales se difunden a través de una nebulosa iconográfica, y como corolario de un dispositivo discursivo: afiches, catálogos, despleables, maquetas, boletines, publicidades, financiados por la Alcaldía, la Oficina de Turismo, el Consejo Regional, etc.

²¹ Antonio Scarella, *Pequeña historia de Nuestra Señora de Luján. Su culto, su santuario y su pueblo*, Buenos Aires, 1925, pp. 391-407.

²² Enrique Udaondo, *Reseña Histórica de la villa de Luján*, Luján, 1939.

²³ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1987; Gladys S. Onega, *La inmigración en la literatura Argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1982; David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1982; Beatriz Sarlo, "Sobre

nes y vertientes y en la que también se vieron involucrados los debates generados acerca de la producción y el uso del “espacio público”, la planificación de la reforma urbana y la erección de monumentos. También ellos anclaban sus raíces en la década de 1860, en los momentos en que se iniciaba la etapa definitiva en la formación del sistema ideológico-simbólico de la Nación²⁴.

Algunos observadores veían sobre todo en la moderna ciudad de Buenos Aires la materialización del progreso tan buscado por el liberalismo; otros encontraban en ella los símbolos de la extranjerización y la «nueva» barbarie. Intentando aglutinar sus ideas en una postura intermedia, algunos sectores intelectuales influidos por el nacionalismo cultural de los primeros años del siglo destacaban su orgullo por la ciudad y la defensa del progreso como parte de un proceso que debería completarse con una etapa de progreso espiritual²⁵ que permitiera convertir una aglutinación de heterogeneidades en una identidad²⁶.

Ricardo Rojas, uno de los máximos exponentes de esta idea, intentó dar respuesta a las nuevas necesidades de un país en formación otorgando centralidad a la cuestión estética. En 1909, llevó adelante una propuesta educativa que tenía por objetivo lograr la integración cultural bajo el signo de la tradición nacional. Entre otros elementos, proponía un programa de preservación patrimonial basado en la nacionalización simbólica del espacio urbano a través de la “Pedagogía de las estatuas”²⁷. Por otro lado, otorgaba un enorme valor a la preservación y reconstrucción arquitectónica, ya que consideraba a la arquitectura como una de las artes espaciales que “más sintéticamente expresa el carácter de una civilización”²⁸. Además, le otorgaba una importante función a la imagen como constructora del sentido histórico en el ámbito escolar por contribuir a formar la conciencia nacional²⁹.

la vanguardia: Borges y el criollismo”, *Punto de vista*, n° 11, 1981, pp. 3-8; Oscar Terán, “‘El payador’ de Lugones o ‘la mente que mueve las moles’”, *Punto de vista*, n° 47, 1993, pp. 43-46.

²⁴ José Emilio Burucúa y Fabian A. Campagne, «Los países del Cono Sur», en A. Annino, L. Castro Leiva y F. X. Guerra, *De los Imperios a las naciones: Iberoamérica, España, IberCaja*, 1994, pp. 349-381. Los autores denominan «etapa monumental» al período comprendido entre 1860 y las primeras décadas del siglo XX. Durante estos años se produjeron grandes transformaciones en la traza urbana de las principales ciudades sudamericanas, lo que habría de romper definitivamente con su aspecto de poblaciones coloniales y convertirlas en urbes modernas al estilo europeo. A la vez, se ponía en marcha un programa gubernativo basado en la construcción de una red de monumentos destinados a formar la memoria colectiva de la nación.

²⁵ Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 184-214. Como bien lo advierte el autor, la visión del nacionalismo cultural “se alimenta del nacionalismo optimista oficial y se enfrenta con él”.

²⁶ Tulio Halperín Donghi, “¿Para que la inmigración?”, en *El espejo de la Historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 227-228; Mónica Quijada, «La nación reformulada: México, Perú, Argentina (1900-1930)», en Annino, Castro Leiva y Guerra, op. cit., pp. 567-590.

²⁷ Ricardo Rojas, *La Restauración Nacionalista*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1971, pp. 221-222; José Emilio Burucúa, y Ana María Telesca, “El arte y los historiadores”, en *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, ANH, tomo II, Buenos Aires, 1996, p. 232.

²⁸ Ricardo Rojas, *Eurindia*, vol. 2, Buenos Aires, CEAL, pp. 25 y 27.

²⁹ Roberto Cerisola, «Imágenes de la historia en el Centenario: nacionalismo e identidad»; en Margarita Gutmán y Tomás Reese (eds.) *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 171-184.

Todas estas estrategias se hicieron visibles en la ritualidad ceremonial del Centenario de la Revolución de Mayo realizado en la ciudad de Buenos Aires. Pero ¿a qué idea de «tradición» se apelaba? En el paisaje urbano porteño perduran una amplia red de dispositivos visuales producidos en el Centenario, en donde España encuentra un reconocimiento explícito como “Madre Patria” por parte del Estado Nacional, para cimentar los sentimientos de pertenencia y exaltar la hispanidad³⁰. Las calles, plazas y parques debían ser rediseñadas y bautizadas para construir con ellas un entramado simbólico que relatará la Historia Nacional «de tradición hispana» a aquellos nuevos ciudadanos que recorrieran la ciudad. Así, por ejemplo, en 1910 el futuro director del *Museo Colonial e Histórico* de Luján, Enrique Udaondo –en colaboración con Adrian Béccar Varela– publicó algunos trabajos que dejaban entrever la importancia del significado histórico de los nombres de las principales plazas y calles de Buenos Aires³¹; en el mismo año, el historiador y numismático Enrique Peña, pariente por vía materna de Udaondo, publicó *Documentos y planos relativos al período edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires*, con el objetivo de afirmar el origen español del país, y sobre todo de la ciudad de Buenos Aires. Por otro lado, para dejar bien sentado este propósito, Peña le encomendó al pintor español José Moreno Carbonero el cuadro *La fundación de la ciudad de Buenos Aires* en el que Juan de Garay, representado con la media armadura, el bando carmesí del conquistador y los valores de la «raza española» constituía la figura principal³². Como vemos, la «selección» de la tradición³³ se hacía cada vez más evidente: mientras Perú y México buscaban los determinantes de su especificidad nacional en sus remotos orígenes en los siglos anteriores a la conquista de América, la Argentina desplazaba la búsqueda del momento primordial de la nacionalidad, en la fundación de las ciudades más antiguas³⁴.

Paralelamente al amplio dispositivo escenográfico, la llegada de la Infanta Isabel de Borbón a Buenos Aires, constituyó el hecho culminante de los festejos. Su presencia produjo una vasta circulación de imágenes simbólicas acerca del nuevo vínculo entre Argentina y España y favorecía la penetración ideológica mediante la continua apelación a un conjunto de valores sustentados en tradición, raza y lengua. El objetivo estaba claro: por un lado, conjuntamente las dirigencias criolla y española utilizaron como estrategia la construcción del imaginario hispánico; la elite criolla estaba preocupada en cimentar la construcción de una identidad síntesis para el proceso de argentinización de una sociedad marcada por componentes heterogéneos³⁵ y los grupos inmigratorios españoles se encontraban interesados en la revalorización de la España moderna y la legitimación de la colectividad³⁶. Por otro lado, era necesario apropiarse del espacio público y resignificar la ciudad con las señas correspondientes a la historia oficial.

³⁰ Carmen Sesto y María Inés Rodríguez Aguilar, “La Hispanidad en la esfera urbana: despliegue festejos en el Centenario”; en Gutmán y Reese, op. cit., pp. 356-357.

³¹ Enrique Udaondo y Adrián Béccar Varela, *Plazas y calles de Buenos Aires. Significación histórica de sus nombres*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1910.

³² Roberto Cerisola, op. cit., p. 177.

³³ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, pp. 138-145.

³⁴ Mónica Quijada, op. cit., pp. 584-585.

³⁵ Tulio Halperin Donghi, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

³⁶ Carmen Sesto y María Inés Rodríguez Aguilar, op. cit., pp. 347-348.

Tengamos presente que por estos años, esta última también bregaba por la construcción simbólica de un espacio público enmarcado dentro de un fuerte nacionalismo. Si bien la “fiebre monumentalista” en España crece a lo largo de todo el siglo XIX, ello se hace más visible en los últimos decenios y alcanza un auge sin igual con la llegada efectiva de Alfonso XIII al trono, en 1902³⁷, no casualmente poco después de haber vivido el “Desastre” de 1898. Por lo tanto, mientras algunos sectores de la élite política y cultural de la Argentina intentaban redefinir su identidad nacional bajo un signo hispanista, España contaba ya con la experiencia apropiada para brindar los elementos culturales necesarios a su antigua colonia para que ésta hiciera lo propio.

Si en 1880 la ciudad de Buenos Aires había cristalizado en capital política del Estado Moderno, hacia 1910 Luján pasaría a convertirse en el segundo “pilar” del proyecto: había sido elegida por ciertos sectores de la élite política nacional y sobre todo por la jerarquía católica para ser la capital “espiritual” de ese Estado. Este lento pero progresivo proceso de transformaciones socio-culturales, económicas y espaciales habrían de culminar en la década del treinta con la conmemoración del Tercer Centenario del Milagro de la Virgen de Luján.

Desde fines del siglo XIX y principios de siglo XX, Luján presentaba un alto grado de urbanización y atravesaba un importante proceso de transformaciones modernizadoras que hundía sus raíces en 1887 cuando, luego de producirse la coronación de la Virgen, se colocaba la piedra fundamental del Santuario Nuestra Señora de Luján. En 1890, con la demarcación de sus cimientos se iniciaba su construcción y con ella la multiplicación de fieles que se acercaban a conocerlo. Por decreto del 3 de mayo de 1893 la Villa de Luján era declarada «ciudad». Para la ocasión se realizaron grandes festividades a las que concurrieron autoridades civiles y eclesiásticas, se entonó el Te-Deum en el santuario y se sirvió un banquete en el hotel «El Progreso»³⁸. Sin embargo, la decisión no fue recibida con el beneplácito que las autoridades oficiales esperaban. Ante la posibilidad de perder el título de villa «otorgado legítimamente por el monarca Rey de España»³⁹ algunos vecinos se opusieron al proyecto. La discusión, que no hacía otra cosa más que poner sobre el tapete las ambigüedades existentes respecto a las nociones de tradición y progreso, quedó saldada ya que las autoridades declararon que lo mismo podía ser ciudad y villa como ocurría con ciudades como Madrid o París.

En momentos en que la ciudad se preparaba para celebrar el centenario de la Revolución de Mayo, el conglomerado social lujanense contaba con la presencia de un importante contingente inmigratorio: según el censo nacional de 1914 la población total era de 20.813 habitantes integrada por 6.142 extranjeros entre los cuales predominaban españoles, italianos y albaneses que formaban los barrios étnicos concentrados sobre todo hacia el oeste de la ciudad⁴⁰.

³⁷ Carlos Serrano, op. cit; p. 195.

³⁸ Ver *La Verdad*, 11 de mayo de 1893.

³⁹ Enrique Udaondo, *Reseña Histórica de la Villa de Luján*, op. cit., p. 223.

⁴⁰ Norberto Marquiegui, Ana M. Silvestrin y Elisabet Cipolleta, “La inmigración italiana en Luján, 1880-1914”, *Cuadernos de Historia Regional*, vol. 5, n° 14, Luján, 1989, p. 4; Norberto Marquiegui, *El barrio de los italianos...*, op. cit.

En ocasión de los festejos, una comisión de vecinos publicó *El álbum gráfico de Luján*, «frente a la necesidad imperiosa, ineludible de dar a conocer los adelantos realmente sorprendentes alcanzados en los últimos años»⁴¹. La iconografía plasmada en sus páginas nos ofrece la producción de un relato: nos enfrentan a la narración del pasado y del presente de la ciudad tal como las autoridades locales intentaban mostrarlo a la población. El propósito era doble: identificar a los ciudadanos con la imagen del Estado-Nación y lograr que esos mismos individuos reconocieran la labor realizada por los representantes políticos del Estado local. La publicación era dirigida por Juan Barnech, quien había estado al frente de la intendencia municipal entre los años 1904 y 1906, casualmente el período en el que se habían realizado gran cantidad de obras públicas. De este modo se fortalecía la imagen del municipio como instancia político-administrativa muy ligada además a la noción de territorio y al sentimiento de pertenencia. Esto último constituía el vínculo afectivo que unía a la población con sus autoridades políticas locales y más extensamente con su territorio comunal. La publicación enfatiza estos aspectos al presentar gráficamente el «despertar» de la sociabilidad lujanense. Según el relato, éste se debe a tres causas fundamentales: la «providencialidad», «la acción armónica de pueblos y autoridades» y el «espíritu eminentemente laborioso» del pueblo lujanense. Evidentemente, las causas del «despertar» parecen estar estrechamente relacionadas con la gestión de Barnech que, según el relato, dejó «preparada» la ciudad para el Centenario. Por otro lado, podemos decir que página tras página se exponen los diferentes sectores que forman reconocidamente el entramado social: las «Damas» y «Señoritas», sus esposos y pretendientes dedicados a las funciones públicas, los hacendados, los comerciantes, los médicos locales, los sacerdotes del Santuario, las religiosas del Colegio de las Hermanas de San Vicente de Paul, y por supuesto, las asociaciones de inmigrantes. Por las páginas del álbum desfilan fotografías de las Sociedades de Socorros Mutuos Italiana, Española, Francesa, «Principe di Napoli», «Figli del Lavoro» y muchas otras.

Las imágenes retratadas no hacen más que describir la manera a través de la cual los vecinos más distinguidos intentaban solucionar uno de los problemas centrales de la Argentina «aluvial»⁴²: el de la ubicación social⁴³. Ante esta realidad, se hacía indispensable fortalecer el proceso de construcción de jerarquías sociales. De ahí que cada una de las fotografías y descripciones de los diferentes sectores sociales vayan acompañadas en el álbum de una serie de adjetivos con los cuales se identifica cada grupo: las Damas y Señoritas aparecen como «distinguidas», «nobles», «bellas», «espirituales», y «practicantes de la caridad» hacia los más desprotegidos; los hombres de la élite local son «vecinos ilustres», los hacendados, poseedores de establecimientos que «dan a Luján inmensa importancia y notable mérito a su riqueza ganadera» y los comerciantes «hacedores de prosperidad y progreso». Es importante detener la atención en la calificación que reciben los sacerdotes y religiosas: mientras los primeros se convierten en «Reverendos Padres

⁴¹ *Album gráfico de Luján* llevado a cabo por la Comisión local Pro-Centenario y dirigida por los señores Juan Barnech y Apolo Jordán (h). A pesar de ser una publicación de gran volumen, no se indica número de páginas.

⁴² José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1975.

⁴³ Fernando Devoto y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 1999, tomo 2, pp. 7-15.

del Santuario Nacional”, las monjas son calificadas como «beneméritas» dejando entrever la importancia de la religión como símbolo de respetabilidad y prestigio. Respecto a los sectores inmigratorios, podemos decir que las páginas del libro los muestran como agentes de progreso ya que indudablemente estos sectores tuvieron un peso decisivo en las actividades económicas locales⁴⁴. Y como el honor era ser socialmente útil, cada fotografía está acompañada de una descripción que se encarga de destacar que las Sociedades de Socorros Mutuos estaban integradas por “vecinos laboriosos [...] industriales y agricultores” y por «personas de posición sólida, de arraigo y estrechamente vinculadas a la vida comercial e industrial de éste pueblo”.

Son estos sectores de la sociedad local los que producen y a la vez necesitan consumir esa “imagen de marca” que se traduce en la publicación. Y también son ellos, sumados a los miles de fieles que visitaban diariamente la ciudad quienes deben identificarse con los espacios y lugares públicos hasta sentirse parte de ellos y sobre todo de su historia. De ahí que nos parece sumamente interesante analizar la “memoria” que se intenta transmitir respecto al espacio urbano de la ciudad. Las imágenes del álbum transmiten una historia de la ciudad basada en la mitológica narración de un pasado «atrasado» y un presente «moderno» y «progresista». Los adjetivos así lo indican ya que frente a «una existencia vegetativa y anémica» en las épocas pasadas, en los últimos años la ciudad

«ha despertado a una vida nueva llena de vigor, de generosos entusiasmos, de alientos viriles, de nobles iniciativas, revelándose con una potencialidad desconocida. Puede hoy, ostentar ufana su título de ciudad, pues sus notables progresos, lo colocan en un puesto distinguido entre los demás pueblos de la provincia [...] el milagro se ha realizado, el cuerpo galvanizado y muerto, se ha sentido sacudir electrizado por la fuerza irresistible de voluntades superiores, de una acción metódica y eficiente, sabia y prudentemente dirigida.»

La materialización de ese progreso puede percibirse en las transformaciones del espacio físico cuya descripción también está caracterizada por oposiciones:

«Las calles antes llenas de lodo, baches y desniveles, están ya en gran parte pavimentadas, las casas feas y anticuadas han caído a los golpes benéficos de la piqueta transformadora, para dar paso a elegantes y costosos edificios de muy buen gusto arquitectónico, complementados con amplias veredas de mosaico o granito. La acción privada ha correspondido en todo momento, dignamente a la iniciativa oficial que ha formado parques y plazas, arbolado avenidas, mejorado los paseos, arreglando los caminos, cuidando con celo de todos los servicios públicos [...] La soberbia Basílica, [...] el palacio municipal, el hospital, la usina eléctrica, las escuelas, establecimientos industriales y comerciales, en una palabra, todo lo que forma la característica de los centros importantes de población ofrece aquí un conjunto atrayente y agradable, que patentiza hemos entrado con bríos y firmeza, en la senda de un adelanto y prosperidad indiscutible. Del humilde villorrio de antaño solo nos queda el recuerdo cariñoso, para contemplar llenos de estima satisfacción, a la ciudad moderna que tan gallardamente luce la riqueza de sus galas y atavíos.»

⁴⁴ Dedier Marquiegui, «Los inmigrantes en los orígenes de las empresas argentinas», op. cit., pp. 87-109.

El ansiado progreso todo lo arrastra y avanza a pasos agigantados. En la ciudad de Buenos Aires y los pueblos y ciudades de la llanura pampeana la aceleración de las transformaciones producidas a fines del siglo XIX y principios del XX por la llegada de la inmigración parece haber provocado una pérdida de la apropiación efectiva del pasado. Todo parecía en trance de cambio. Ante el avance del progreso, ese pasado era considerado “atrasado” y “antimoderno”, tanto que es de extrañar la ausencia del término «tradición» o «tradicional» en las páginas del álbum, y su reemplazo por la expresión “recuerdo cariñoso” hacia el pasado. Debemos tener en cuenta que precisamente era el mismo concepto de «tradición» el que por estos años estaba siendo redefinido desde los círculos de la élite política e intelectual.⁴⁵

Realizando el valor de la arquitectura moderna, una de sus páginas advierte que en las

«calles no se observa ya ni uno solo de esos vetustos edificios de la época casi colonial, que en la mayoría de los pueblos antiguos como Luján, perduran todavía, en desmérito de su progreso y su importancia.»

Como lo advertimos anteriormente, la memoria y la historia habían roto los lazos de solidaridad que los unía. A simple vista, no hay necesidad alguna de conservar los «vetustos edificios» que remiten al pasado. Por el contrario, estos restos materiales son considerados signos de «atraso» que no permiten la llegada del progreso. Sin embargo, veremos que el discurso no es tan simple. La rotura de los lazos entre memoria e historia debía recomponerse para dar vida a la continuidad de la tradición. Y es aquí donde aparece la “Historia” para edificar “lugares” históricos donde inscribir las huellas del pasado⁴⁶. Si nos detenemos en la sección especial del álbum titulada “Luján Histórico”, podemos determinar los criterios con los que se establece la selección de los restos materiales que deben ser desechados y aquellos que es necesario rescatar de las máquinas demolidoras: la primitiva Iglesia, «desaparecida ya para ser reemplazada por la Monumental Basílica Nacional», el antiguo Cabildo en el que, «según la tradición estuvo prisionero el General Mitre» y la Casa del Virrey que «al decir de la historia sirvió de vivienda al Virrey Cisneros» se hallan indefectiblemente dentro del segundo grupo. La diferencia central entre estas construcciones y los «vetustos edificios» no radica en la época en que fueron construidos sino en el grado de participación que tuvo cada uno de ellos en la «Historia Nacional»: la primitiva Iglesia como signo de cristiandad y el Cabil-

⁴⁵ En una de las páginas del álbum del Centenario aparece una poesía titulada «Patriotismo» y escrita por un vecino de la localidad que pone en evidencia la concepción liberal del concepto de «patriotismo» y «tradición»: «Rendir culto a la tradición por que es tradición, no me parece obra digna de loa. Hay tradiciones respetables pero generalmente, la tradición es el culto a la ignorancia, a lo que hoy está en pugna abierta con la luz, con la ciencia. [...] Pero este sentimiento de la Patria, o sea, de la tierra en donde se ha nacido, no es propio que se manifieste en forma de entusiasmos callejeros, fugases, espasmódicos. EL patriotismo que así se exterioriza, bien puede confundirse con el histerismo, o sea, un estado patológico en que el carácter, el discernimiento y la facultad volitiva individual han desaparecido para ceder su puesto a la sugestión, al hipnotismo irracional -cuando no a un convencionalismo despreciable. Patriotismo debe ser acción, trabajo honrado [...] destruir el vicio, atacar la ociosidad predominante en la juventud [...]»

⁴⁶ Carlos Serrano, op. cit., p. 12.

do y la Casa del Virrey porque “traen constantemente a la memoria reminiscencias de los primeros días y de los principales hechos de gloria de nuestra Patria”. De ahí que la demolición “de éstas dos reliquias [...] habrá de causar en el vecindario justo pesar”.

Como podemos observar, la publicación del Centenario intenta armonizar un “corpus” de imágenes de tipo patrimonial con las de tipo modernista. Esta zona de tensión entre estos dos registros de imágenes, esa contradicción puesta de relieve es la que ejerce una seducción en la población ya que el principal triunfo de la imagen de marca es el de transmitir una alianza entre modernidad y conservación de la ciudad. Cuando se da esta superposición las metáforas se convierten en “metonimias”⁴⁷, ya que los monumentos o restos materiales que se pretenden conservar se hacen inmediatamente visibles y localizados como es el caso de la iglesia y sobre todo los edificios del Cabildo y la casa del Virrey.

Si bien para 1910 el área “histórica” estaba delimitada, el proyecto de resignificación espacial requería la creación de una red articulada de espacios simbólicos. La plaza Colón, frente a la que se ubicaba el edificio municipal, la Plaza Belgrano, que enfrentaba a la Basílica y al Cabildo y la calle San Martín, arteria comunicacional entre estos dos espacios, estaban destinadas a cumplir esta función en beneficio de la historia.

El interés por el espacio físico constituido por los terrenos que forman la Plaza Colón se había acrecentado durante los años 1884-1889, en momentos de planificarse la obra de construcción de la Basílica. Por aquellos años dos partidos de opiniones disputaron el lugar que debía ocupar el templo. Uno de ellos, alineado tras la figura del párroco Emilio George, definía el concepto y modelo de una Iglesia Parroquial⁴⁸ que debía ubicarse en la plaza Colón, en terrenos alejados del río y más cercanos a la estación ferroviaria, «a la entrada del pueblo»⁴⁹. La otra postura, propugnada por el Padre José María Salvaire⁵⁰, y destinada a construir una «Iglesia Nacional»⁵¹, argumentaba a favor del antiguo emplazamiento del santuario, en los terrenos cercanos a la Plaza Belgrano. Para el año 1890, en momentos en que se publicaba el primer plano de la ciudad, ya figuraba la “Plaza Colón”⁵² con su nombre actual. Seis años después, tras el triunfo de Salvaire, se propició la construcción de la nueva sede municipal, que hasta entonces funcionaba en el edificio del Cabildo, en los terrenos laterales a esta Plaza. El traslado definitivo de la municipalidad y su inauguración se realizó no casualmente en 1910⁵³, en el mismo año

⁴⁷ Alan Mons, op. cit., pp. 27- 33.

⁴⁸ Dedier N. Marquiegui, Jesús María Binetti, María Inés Montaldo, “Concepciones eclesiócristianas y modelos de urbanización: el debate sobre el emplazamiento y función de la Basílica Nuestra Señora de Luján, 1884-1889”. Mimeo.

⁴⁹ Hacia principios de siglo, este sector, que actualmente es considerado el «centro comercial» de la ciudad, constituía la «entrada» al poblado. A partir de allí comenzaban la zona de quintas y los tambos; Revista **Nosotros**, Año III, n° 26, Luján, septiembre de 1992, pp. 6-7.

⁵⁰ De origen francés, Salvaire se vinculó con la ciudad de Luján como sacerdote, publicista y hombre de empresa. Llegó a Luján en 1872. Escribió la «Historia de la Virgen y de su Villa», y ante S.S León XIII llevó a cabo personalmente la gestión de coronación de la Virgen el 8 de mayo de 1887. En 1890 dio principio a las obras de construcción de la actual Basílica y a él se debe además la construcción del Colegio Nuestra Señora de Luján, el edificio de descanso de peregrinos y la fundación del Círculo Católico de Obreros en la «Casa del Virrey». Fue el fundador del periódico eclesiócristiano *La Perla del Plata*; Enrique Udaondo, *Reseña Histórica de la villa de Luján*, op. cit., pp. 215- 218.

⁵¹ Dedier N. Marquiegui, Jesús María Binetti, María Inés Montaldo, op., cit.

⁵² Martín Dorrnzoro, **Pago, Villa y Ciudad de Luján**, Buenos Aires, 1950; pp. 26-27.

⁵³ Revista **Nosotros**, Año III, n° 26, Luján, septiembre de 1992, pp. 6-7.

en que en Buenos Aires se coronaban los festejos del Centenario con la inauguración de la Plaza Congreso⁵⁴ lo que reforzaba en uno y otro caso la identificación de la sociedad con una amplia comunidad de valores cívicos asociados al funcionamiento de las instituciones estatales⁵⁵.

En este espacio social comprendido por la Plaza Colón y la Sede Municipal encontraremos varios de los elementos constitutivos del «corpus simbólico» de la ciudad. Las diferentes concepciones respecto al espacio físico que debía ocupar la Basílica y sobre todo respecto a la función a la que estaba destinada a nivel nacional, delinearón definitivamente la traza urbana. El triunfo de Salvaire posibilitó de alguna manera la formación de dos «polos espaciales» de poder: el área espacial propugnada por Emilio George consolidó la supremacía del poder cívico a unas cinco cuadras del santuario, vale decir, del poder religioso. En segundo lugar, debemos tener presente la importancia asignada a los nombres y a las fechas, ya que expresan parte del contexto cultural de los años analizados. Tomemos, por ejemplo, el caso de la Plaza «Colón» donde este nombre actuó como «nexo» entre las comunidades de inmigrantes italianos y españoles y la construcción de una cultura nacional homogénea por parte del estado argentino. La plaza moderna se denominó «Colón» y, como ya hemos advertido, expresaba un movimiento reivindicatorio del hispanismo que había comenzado a ponerse de manifiesto en la década de 1890, específicamente en 1892 en ocasión de celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América. Sin embargo, no conviene perder de vista el enorme significado que ejercía el mismo nombre para las colectividades italianas que pugnaban por ese entonces por reivindicar la filiación italiana —y no española— de Colón. Concretamente, la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos había sido fundada en Luján en 1876 constituyéndose hasta 1914 en el grupo extranjero más numeroso de todos los residentes en la ciudad. Su sede estaba ubicada a unas pocas cuadras de la plaza Colón, en la calle que actualmente y desde 1910 se denomina «Italia» por iniciativa del Concejo Deliberante⁵⁶; la importancia simbólica del nombre en la construcción y el uso del espacio y la intención de integrar a las colectividades extranjeras a la nueva nación aparecen con claridad.

Respecto a la «Plaza Belgrano», podemos decir que amplias razones históricas la enmarcaban como sitio adecuado para implantar en él un amplio espacio simbólico. Ubicada frente al Cabildo, durante el siglo XVIII este espacio constituía la plaza mayor en la que realizaban las ceremonias reales y religiosas⁵⁷. En 1856, una Comisión Muni-

⁵⁴ Adrián Gorelik, op., cit., pp. 192-193.

⁵⁵ Para complejizar el análisis se pueden establecer cierto tipo de analogías entre las festividades del Centenario en Uruguay (1925) y Argentina (1910). En Montevideo el Palacio Legislativo fue inaugurado para los festejos del Centenario formando parte de una fuerte propuesta simbólico-política, orientada a dejar una huella importante y perdurable en los sentimientos de pertenencia cívica de los ciudadanos uruguayos; Gerardo Caetano, «Lo privado desde los público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario», en Barrán, Caetano y Porzecanski (dir.), **Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y Soledades. 1920-1990**, Montevideo, Taurus, 1998, pp. 44-46.

⁵⁶ Para las celebraciones de la Revolución de Mayo, como homenaje a las colectividades extranjeras de Luján, el Concejo Deliberante sanciona una ordenanza imponiendo el nombre «España», «Italia» y «Francia» a cada una de las calles que pasan frente a las entidades representativas de cada comunidad; Norberto Marquiegui, «Liderazgo étnico, redes de relación y formación de una identidad inmigrante en el destino», op. cit., p. 142.

⁵⁷ Raúl Fradkin y otros, «Historia, memoria y tradición: la fiesta de la quema del Judas en Luján», **Cuadernos de Trabajo**, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, 1999.

cipal estableció el nombre de “Plaza de la Constitución” a la que hasta entonces se denominaba “Plaza Real”⁵⁸. En este espacio, dos años después, se erigió el monumento a Belgrano que, además de rendirle homenaje por su participación en «la gesta de la Independencia», era recordado con especial cariño por haber residido en Luján durante el año 1814 y haber consagrado trofeos de guerra a la Virgen de la Villa. Además, este general tuvo un hermano que desempeñó el cargo de cabildante y de comandante militar de Luján. De ahí que esta población haya erigido un monumento a su memoria, una pirámide de cal de 14 metros de altura con base cuadrangular rodeada de una verja con cuatro faroles en cada esquina sobre la que se había colocado un busto del prócer⁵⁹. Por otro lado, este amplio espacio abierto constituía en el siglo XIX un lugar ideal para la realización de las fiestas patrias y religiosas que se celebraban anualmente. En el templo se hacía el Te Deum y mientras los escolares concurrían a la plaza para cantar el himno nacional al pie del monumento a Belgrano, los fuegos de artificio, bombas y bailes en el salón alto del Cabildo constituían los divertimentos de las celebraciones⁶⁰.

La arteria comunicacional entre las dos plazas lujanenses estaba constituida por la calle San Martín, articuladora del comercio local. Sobre ella, y cerca del santuario, aparecían algunos núcleos de producciones suntuarias (imágenes de cera, flores de seda, recuerdos) y algunas imprentas produciendo periódicos, papelería comercial, social y religiosa⁶¹ de las cuales participaban, como productores y consumidores, principalmente los grupos de inmigrantes⁶². Sin embargo, la importancia de esta calle no radicaba sólo en su función como articuladora del espacio urbano. Sus diferentes denominaciones –calle Real, calle de la Constitución y calle San Martín⁶³– también la convertían en relevante espacio simbólico.

Hacia el sur de la ciudad, a unas diez cuadras del eje turístico-religioso se alzaba la Plaza Independencia que constituía un lugar importante en la historia de la localidad: durante los años de debate acerca del espacio adecuado para establecer el edificio municipal, considerando que en el futuro ese sería el centro geográfico de la ciudad, un vecino de Luján se había inclinado por estos terrenos para instalar la sede municipal. Fracasado el proyecto, durante 1905 y 1906, Barnech elaboró un plan de obras públicas que dispuso la creación de la moderna plaza Independencia y del actual Parque Ameghino, que en su momento fue bautizado con el nombre de Parque Ramón Santamarina⁶⁴. Para ello contrató al Director de Parques y Jardines de la Municipalidad de Buenos Aires, el ingeniero

⁵⁸ Martín Dorrnzoro, op. cit., pp. 25-26.

⁵⁹ Es de destacar que Luján fue la primera población que erigió un monumento a la memoria de Belgrano; Enrique Udaondo, op.cit., pp. 170-171. En Buenos Aires, la estatua ecuestre del prócer fue inaugurada por Sarmiento en 1873; José Emilio Burucúa y Fabián Campagne, op. cit., pp. 376-377.

⁶⁰ Enrique Udaondo, op. cit., p. 185.

⁶¹ Mónica Fernández, “El proceso de industrialización en la Pampa húmeda: el caso del partido de Luján (1850-1930)”, *Cuadernos de Trabajo* n° 4, Luján, Universidad Nacional de Luján, 1997, pp. 73-74.

⁶² Norberto Marquigui, «Liderazgo étnico, redes de relación y formación de una identidad inmigrante en el destino», op. cit., pp. 123-189.

⁶³ Martín Dorrnzoro, op. cit., pp. 25-26.

⁶⁴ Enrique Udaondo, op. cit., p. 224.

paisajista francés Carlos Thays, el mismo que había diseñado años antes el Jardín Zoológico y Botánico de la ciudad⁶⁵.

Mientras tanto, la ciudad continuaba su crecimiento hacia el este. La población autóctona comenzaba a abandonar el área tradicional para ocupar las “tierras altas” de la “ciudad nueva”⁶⁶, ubicadas en las cercanías de la entonces calle Juan de Lezica y Torrezuri. No parece casual la elección del nombre de la calle que según el plano de 1890 demarcaba casi el final del poblado lujanense: hasta el día de hoy Lezica es considerado el “verdadero Padre de Luján, fundador del primer templo de la Virgen, constructor del primer puente, el que obtuvo para Luján el título de Villa y el primer síndico titular de la localidad»⁶⁷.

Desde la construcción del santuario, en 1887, la ciudad debía contar con un servicio de transporte desde la estación ferroviaria –alejada del centro histórico– hasta la plaza Constitución, que permitiera la llegada de los fieles. Para ellos se inauguró en 1888 un servicio de tranvías⁶⁸, y posteriormente, en 1897 se trazó el ramal ferroviario desde la vieja estación Luján a la estación Basílica, ubicada un poco más cerca del santuario⁶⁹. Desde allí caminaban por la calle Colón, pasaban frente a la plaza, y luego tomaban San Martín, para dirigirse a la Basílica⁷⁰.

En este contexto, en donde la materialidad de los diferentes espacios adquieren una clara connotación simbólica, es importante recordar que justamente es en el año del centenario que el Concejo Deliberante sanciona una ordenanza imponiendo el nombre «España», «Italia» y «Francia» a cada una de las calles que pasan frente a las entidades representativas de cada comunidad⁷¹. Este hecho, destinado deliberadamente a homenajear a las colectividades extranjeras de Luján, puede ser considerado además como indicio para reafirmar la intención de integrar a las colectividades de inmigrantes no sólo en

⁶⁵ Para analizar la majestuosidad de esta plaza ver María Teresa Tartaglia de Silvano, “Plaza Independencia” Revista *Nosotros*, n° 59, julio de 1995, pp. 12-14. Entre los años 1925 y 1926, Federico Monjardín, presidente del Honorable Concejo Deliberante propuso crear una Escuela Normal. Como no había en la planta urbana terrenos amplios y adecuados se pensó en el espacio ocupado por la plaza Independencia para construir el edificio. El Intendente José María Pérez logró una Ordenanza que establecía la donación de los terrenos municipales de la plaza al gobierno nacional con el fin de erigir la nueva institución educativa.

⁶⁶ Ana María Silvestrin, Elisabet Cipolleta y Didier N. Marquiegui, op. cit. p. 17.

⁶⁷ Según la tradición local, Lezica y Torrezuri fue una de las figuras más importantes de la historia lujanense. El Rey de España lo envió a América en misión oficial. Llegó al Río de la Plata en busca de mulas y recorriendo las estancias de Luján sufrió el impacto de la fervorosa fe que los pueblos del virreinato le profesaban a la virgen de las orillas del Río Luján. La tradición cuenta que estando muy enfermo pidió que lo trajeran a los pies de la imagen de la Virgen. Allí, con la sola frotación de agua de un manantial cercano se produjo el “milagro” de su curación. En agradecimiento Lezica construyó el primer templo a la Virgen. El 8 de diciembre de 1763 quedó inaugurado el santuario al que “le cupo la insigne gloria de presidir la gesta heroica de la Emancipación Nacional y de recibir el ruego de la casi totalidad de los próceres argentinos y no pocos de sus trofeos”; Revista *Nosotros*, n° 64, año VI, p. 26.

⁶⁸ Enrique Udaondo, op. cit., pp. 212-213.

⁶⁹ La estación-Basílica ocupaba la misma extensión que el actual Paseo de los Peregrinos –calles Barnech, Padre Varela, Moreno, Colón, Rivadavia y casi llegando a Francia.

⁷⁰ Enrique Udaondo, op. cit., p. 185; Héctor Felice, op. cit., pp. 196-197.

⁷¹ Norberto Marquiegui, «Liderazgo étnico, redes de relación y formación de una identidad inmigrante en el destino», op. cit., p. 142.

el marco de la tradición nacional, también, y sobre todo, formando parte de una historia y un ámbito espacial a nivel local.

3. El espacio simbólico en movimiento. Luján y el ciclo festivo del Centenario

Si bien la ciudad de Buenos Aires, como capital política del moderno estado había desplegado todo su esplendor para celebrar el Centenario de la Revolución de Mayo, las demás ciudades y pueblos del interior del país también adhirieron a los festejos, organizados en los espacios abiertos de cada localidad o, como era habitual, en los patios escolares. Luján no podía estar ausente de ellos y, como veremos, desarrolló un ciclo festivo muy particular.

Preparado el escenario, el 15 de mayo de 1910 se realizó una gran peregrinación al Santuario que congregó a miles de fieles. El propio 25 de mayo tuvo lugar el tradicional Te Deum y la fiesta cívica en la que se colocó la piedra fundamental del monumento ecuestre a Manuel Belgrano en la plaza del mismo nombre. El domingo 29 del mismo mes la infanta Isabel de Borbón, que ya había participado de los festejos oficiales organizados en la ciudad de Buenos Aires, visitó la ciudad de Luján e hizo entrega de la Bandera Española en una ceremonia realizada en la Basílica. Por último, el 8 de diciembre –día en que la iglesia celebra la fiesta de la Inmaculada Concepción– se bendijo e inauguró el templo en un festejo con el que se daba por terminado el ciclo iniciado en mayo. La riqueza simbólica de estas celebraciones radica básicamente en dos hechos claves. En primer lugar, el ciclo festivo no remite a un solo hecho o fenómeno evocado, sino fundamentalmente a dos según el relato de Antonio Scarella: la celebración más especialmente cívica del 25 de mayo, y la otra fundamentalmente religiosa del 8 de diciembre, fiesta tradicional de la Inmaculada, en que se inauguró y se bendijo el nuevo Santuario⁷². Sin embargo, en el medio de este calendario festivo Luján recibió la visita de la infanta Isabel.

Las fiestas son, ante todo, un tipo específico de acción social que pertenece a la esfera de las prácticas simbólicas, entendiendo por tales aquellas orientadas a la creación y transformación de los símbolos que confieren sentido a la vida humana. Por ello, el primer rasgo que merece señalarse de toda fiesta es el hecho de que constituye una celebración que no sólo evoca un objeto o acontecimiento, sino que muestra y patentiza el valor que se le otorga⁷³. En este caso, el análisis y comparación de las narraciones nos permitirán percibir las percepciones que posteriormente se han tenido de estos festejos y sobre todo el valor asignado a todo el ciclo festivo. Por otro lado, el hecho de que estas celebraciones adopten como marco de su realización el vasto escenario simbólico previamente producido e inspeccionado por las autoridades locales anteriores nos remite necesariamente a analizar la importancia de la resignificación del espacio urbano. Como

⁷² Enrique Udaondo, op. cit., p. 391.

⁷³ Antonio Ariño Villarroya, *La ciudad ritual. La fiesta de las Fallas*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 214.

señala Monteagudo Robledo⁷⁴ en un trabajo en donde analiza la transfiguración del espacio urbano durante las celebraciones festivas en Valencia durante los siglos XVII y XVIII, la ciudad se transforma en espacio ficticio y fantástico, “virtual espacio festivo, en el que se revelan el afán escénico de lo urbano, los ideales profundos y nunca satisfechos de un pueblo, y la unión momentánea de todos los individuos”. Veamos como ello se manifiesta en las celebraciones lujanenses.

En primer lugar, debemos detenernos en un aspecto que consideramos central: la unidad y complementariedad de la Iglesia y el Estado para organizar los festejos del Centenario. Esto no debe presentarse como un hecho aislado: parece ser que existieron amplios debates respecto a la posibilidad de realizar las celebraciones oficiales a nivel nacional en la basílica de Luján. Uno de los intelectuales que alzó su voz en contra del proyecto fue nada menos que Leopoldo Lugones quien en una conferencia titulada «La Cacolitia (ensayo sobre antiestética moderna)» expresa no sólo su más ferviente rechazo a la intención de festejar mayo en Luján, sino más aún su total oposición a la construcción de la Basílica en estilo neogótico⁷⁵.

Tal vez, el fuerte rechazo por parte de algunos sectores ligados al anticlericalismo impidió que los festejos oficiales fueran trasladados a Luján. Sin embargo, no imposibilitó que las máximas autoridades de la Nación depositaran en la cúpula eclesiástica la inauguración de los festejos organizando la gran Peregrinación Nacional del 15 de Mayo. De la importante función asignada a la Iglesia por parte del gobierno de Figueroa Alcorta deja constancia un artículo publicado en la Revista *La Perla del Plata* el mismo día en que se realizaba la Peregrinación:

«La Iglesia había tenido parte muy importante y activa en la independencia nacional. Justo era pues que en el programa oficial de festejos tuviera un puesto de honor. El gobierno nacional lo ha reconocido y se lo ha asignado. Este domingo, las autoridades eclesiásticas, civiles y militares de la República Argentina, acompañados de un gentío innumerable, vendrán en peregrinación al venerado Santuario de Nuestra Señora de Luján para rendir un homenaje público, solemne y oficial de amor y de gratitud a la augusta Madre de Dios, la Inmaculada Virgen María [...]»⁷⁶

Este acercamiento de las autoridades civiles a los grupos eclesiásticos debe ser analizado teniendo presente el apaciguamiento de las tensiones entre la Iglesia y el Estado gestadas en la década de 1880. Sin embargo, si durante los años de hegemonía liberal había existido algún tipo de separación entre ambas esferas de poder, existen evidencias de que este distanciamiento no había puesto en tela de juicio el valor de la religión ni la importancia del papel que desempeñaba la iglesia. Recordemos que una peregrinación

⁷⁴ María Pilar Monteagudo Robledo, “La ciudad: trabajo y fiesta. La ciudad en su dimensión festiva. Espacio y sociedad en los festejos reales valencianos de la Edad Moderna”, *Historia Social*, n° 26, 1996, pp. 47-55.

⁷⁵ Leopoldo Lugones, *Piedras Liminares. Las limaduras de Hephaestos*, Buenos Aires, A Moen y Hno., 1910. Un excelente análisis del bagaje cultural de la figura de Lugones en la década del centenario en Adrián Gorelik, op. cit., pp. 220-234.

⁷⁶ «La Iglesia y el Centenario de la Independencia», Revista *La Perla del Plata*, 15 de mayo de 1910, p. 316.

nacional realizada el 8 de mayo de 1887 celebraba la coronación de la Virgen de Luján y otra realizada el 13 de mayo de 1900 la proclamaba «Patrona de la provincia de Buenos Aires»⁷⁷. El paso del tiempo aumentará esta tendencia al «pacto». Durante los primeros años del siglo XX y sobre todo hacia el centenario, el poder ejecutivo y la mayor parte del legislativo terminarían por reconocer en la iglesia un insustituible baluarte del orden social y en el catolicismo un elemento irrenunciable de la nacionalidad⁷⁸. De esta actitud da cuenta el mensaje de Figueroa Alcorta que la revista eclesiástica lujanense *La Perla del Plata* publica con especial regocijo: «Una vez más, dice, me es grato poder manifestar a V.H. que la iglesia Argentina desempeña eficazmente su alta misión, merced a los dignos prelados que están al frente de ella y a la cooperación prestada por el gobierno»⁷⁹. Según el cronista, después de dar cuenta de los progresos materiales de su gobierno y de hacer otras consideraciones, el Ilustre Mandatario eleva “su mirada de católico hacia el cielo y exclama: «¡Que Dios bendiga a la Nación en su primera centuria de vida libre, y como Legislador Supremo del Universo, inspire nuestras leyes, en el concepto del bien y en la grandeza de la patria!»”. La nota culmina reverenciando al presidente «porque ha sabido reconocer y sobre todo honrar públicamente, hoy que tantos cobardemente callan, a Dios, fuente de todo bien».

Retomando el tema que nos ocupa respecto a los festejos lujanenses del 15 de mayo, enfatiza Scarella que «La Iglesia y el Estado se dieron la mano para conmemorar unos hechos gloriosos que 100 años antes se habían producido con el común concurso de ambos»⁸⁰. También Udaondo enfatiza la alianza: «fue presidida por los primeros dignatarios de la Iglesia y el Estado [...] constituyó una gran manifestación de fe y patriotismo en esos días de intenso júbilo»⁸¹. Concretamente, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa, el obispo de La Plata, monseñor Terrero y gran cantidad de sacerdotes presidieron la peregrinación a la que también asistió la sociedad civil representada por las autoridades del gobierno nacional, provincial y municipal y seguido por el pueblo lujanense.

El hecho de que el Estado haya dejado en manos de la Iglesia la organización de la peregrinación y la haya legitimado a través de la presencia de las autoridades, avala los relatos anteriores y destaca los límites del laicismo estatal. Por otro lado advierte, además, acerca de la complementariedad del poder político y eclesiástico para convocar a la realización de actividades que tenían una larga tradición arraigada en diferentes sectores de la sociedad, sobre todo en la experiencia de las colectividades inmigratorias. Dentro de estos grupos, la peregrinación a Luján adoptaba una doble función: por un lado consolidar su adhesión a la Iglesia de Roma y por otro adaptar a los nuevos ciudadanos a formas rituales y de devoción específicamente argentinas⁸². Como vemos, la ceremonia del 15 de mayo no sólo estaba destinada a reunir a los sectores de la población local.

⁷⁷ Enrique Udaondo, op. cit., pp. 318-319.

⁷⁸ Loris Zanatta y Roberto Di Stefano, *Historia de la iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo, 2000, p. 399.

⁷⁹ «La Iglesia y el mensaje presidencial», *Revista La Perla del Plata*, 15 de mayo de 1910, p. 316.

⁸⁰ Antonio Scarella, op. cit., p. 392.

⁸¹ *Ibidem*, p. 227.

⁸² Daniel J. Santamaría, “Estado, Iglesia e Inmigración en la Argentina moderna”, *Estudios migratorios latinoamericanos*, n° 14, 1990, pp. 139-181.

Por el contrario, la Comisión organizadora hacía un llamamiento a todos los sectores sociales que pudieran llegar hasta la ciudad, sobre todo «a los católicos de la Capital Federal»⁸³ ya que claramente la religiosidad constituía una dimensión que permitía amalgamar la población heterogénea y cimentar mediante formas rituales y devociones específicas su “nacionalización”. Mas aún cuando esta religiosidad quedaba unida a determinados valores cívicos: dentro de este contexto no nos parece llamativo el hecho de que los festejos por el “nacimiento de la Patria” se hayan iniciado con una peregrinación, una ceremonia religiosa en el interior del templo, y

«una procesión alrededor de la Plaza Belgrano, llevando en andas a la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Luján.»⁸⁴

Como vemos, el espacio simbólico tan arduamente preparado estaba poniéndose en movimiento para crear una “conciencia nacional” dotada de elementos religiosos frente a lo foráneo. La plaza Belgrano constituía el lugar ideal, no sólo por su historia y por su ubicación espacial frente al templo, también, y podríamos decir sobre todo, por su nombre. Así parece explicarlo el señor Ricardo Bunge quien, luego del banquete ofrecido a los representantes oficiales pronunció un discurso en el que imploraba:

«Señores: Estrechemos las filas, hoy que individuos sin patria, sin fe, sin ley, pretenden mansillar los colores de la enseña nacional y reiteremos a la Virgen la Invocación de Belgrano para que siga prodigando su protección divina a nuestra Bandera Inmaculada [...]»⁸⁵

La gran agitación social que sacudió a algunas ciudades argentinas entre 1902 y 1910 en el marco de una intensa influencia del anarquismo, contextualiza las palabras de Bunge. Recordemos que en 1909, a un año de las celebraciones oficiales, estos conflictos se agudizaron frente al estallido de la «semana roja» y la fuerte represión policial a los obreros anarquistas durante el acto del Día del Trabajo. Por otro lado, Luján no parece haber estado al margen del movimiento ideológico y cultural promovido por el anarquismo. En 1894 apareció en Luján el periódico *El Oprimido* bajo la dirección del militante anarquista Juan Creaghe. Solo un año después, sus redactores decidieron trasladarse a Buenos Aires y sumarse al esfuerzo de *La Protesta Humana*⁸⁶. Sin embargo, la ciudad de Luján seguía inspirando proyectos vinculados a la formación de prácticas novedosas: el 2 de septiembre de 1907, por ejemplo, abrió sus puertas la “Escuela Moderna de Luján”⁸⁷. Por iniciativa del mismo Creaghe y bajo la dirección de Lorenzo

⁸³ «Manifiesto de la Comisión de la Peregrinación del Centenario», Revista *La Perla del Plata*, 15 de mayo de 1910, p. 306.

⁸⁴ Antonio Scarella, op. cit., p. 393.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 394. Ricardo Bunge era hijo de Ernesto, sobrino de Raimundo Octavio y primo de los más destacados intelectuales que engendró la familia Bunge; Eduardo Cárdenas y Carlos Manuel Paya, *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Sudamericana, Tomo 1, 1995.

⁸⁶ Ricardo Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1889)*, Buenos Aires, Cedral, 1984, p. 125.

⁸⁷ Para analizar en profundidad la concepción pedagógica de estas Escuelas en la Argentina y su funcionamiento en Luján, véase Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina*

Mario, la institución intentaba llevar a la práctica un proyecto pedagógico que predicaba en favor de la práctica de juegos, ejercicios físicos y aprendizajes vivos a través de paseos, caminatas, y visitas a fábricas donde los niños entrarán en contacto con el proceso productivo, particularmente con la vida concreta de los obreros. De enseñanza mixta, lo que aparecía como una incuestionable ruptura con las concepciones vigentes, fue la que más se aproximó al modelo diseñado por los grandes pedagogos del racionalismo. A un año de las celebraciones del Centenario y del rigorismo del discurso pronunciado por Bunge, la Escuela Moderna de Luján suministraba enseñanza a alrededor de cien niños, y recibía apoyo financiero del propio Dr. Creaghe, de la Sociedad de Panaderos Lujanenses y de un reducido sector intelectual. Si bien el número de alumnos y docentes que asistía al establecimiento no era excesivamente alto al igual que el grupo de gente que lo financiaba, podría pensarse que era suficiente para alertar a las élites políticas, religiosas y culturales en su afán de erradicar la difusión de esta ideología, sobre todo en los «pequeños» futuros ciudadanos. Así lo evidencia la penosa agonía del proyecto escolar y su cierre definitivo causado por las dificultades financieras pero sobre todo por el estado de sitio decretado en 1909. En una ciudad como Luján, en donde el peso de la jerarquía eclesiástica era más que evidente, no puede asombrarnos el abrupto final de la Escuela Moderna. Las palabras de Ricardo Bunge, sin más, confirman el carácter que asumió la religión católica como «vacuna» preventiva ante posibles acciones consideradas «desviadas» o «anormales» en el proceso de consolidación del Estado y de conformación de una identidad nacional homogénea.

Volviendo al ciclo festivo del Centenario, concentrémonos ahora en la celebración del día 25. La ambigüedad que mantenía el liberalismo argentino de esta época con la Iglesia Católica quedó expresada en la centralidad del *Te Deum*⁸⁸ realizado, al igual que en la ciudad metropolitana, a las 10 de la mañana en el Templo local y destinado a la participación de las autoridades⁸⁹. Sin embargo, a diferencia de la gran peregrinación del 15 de mayo, las actividades festivas realizadas posteriormente durante el día 25 intentaron acaparar la atención y la participación de la sociedad local, sobre todo de los contingentes inmigratorios. Así, por ejemplo, a las 2 de la tarde se realizó una

«grandiosa procesión cívica, en la que tomaron parte centenares de niños y niñas de los colegios del estado y de particulares que fueron a ocupar los sitios designados frente a la columna del General Belgrano tan devoto de María de Luján. Luego acompañados de la banda entonaron el Himno patrio.»

Desde fines del siglo XIX y sobre todo en las primeras décadas del siglo XX, la “argentinización” de los futuros ciudadanos estaba poniéndose en marcha a través de diversos mecanismos entre los cuales la escuela pública y los actos escolares constituían

de principios de siglo, Buenos Aires, Contrapunto, 1990, pp. 98-127; Juan Suriano, *Anarquistas. Política y cultura libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

⁸⁸ Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

⁸⁹ Juan Carlos Garavaglia, «El teatro del poder: Ceremonias, tensiones y conflictos en el Estado colonial», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, Tercera Serie, n° 14, segundo semestre de 1996, pp. 7-30.

uno de los más importantes⁹⁰. La integración cultural de los niños era una de las tareas primordiales, ya que eran ellos los que debían asegurar el futuro “nacional”. De ahí la activa participación que se les otorgaba en los actos cívicos y sobre todo en la entonación de las repetitivas estrofas del Himno⁹¹. Muchas veces eran ellos los encargados de portar “con orgullo” la bandera nacional ante sus familiares y vecinos o de pronunciar los discursos alusivos a la fecha con la intención de hacerlos partícipes de la celebración y de poner en sus labios las elaboradas intenciones de “las personas mayores” de la localidad. Esto es lo que sucedió en el acto del día 25 con uno de los alumnos de la Escuela Nuestra Señora de Luján cuando terminó de leer su discurso en los siguientes términos:

«Entre los ilustres huéspedes de Luján hay uno que está en la boca de todos y que es inútil nombrar. Esta columna conmemorativa está aquí para perpetuar su inmortal recuerdo y tengo entendido que la municipalidad que preside los intereses de nuestra histórica Villa no quiere dejar para las generaciones futuras el honor de levantar en esta plaza un monumento digno del gran héroe de la Independencia. A ella, pues y al Señor Intendente un ¡Viva! –Viva y aplausos sin fin.»⁹²

¿Podemos intentar imaginar por un momento qué pasaba real e interiormente por la mente de este niño? ¿Podemos pensar que sus palabras eran el reflejo exacto de sus sentimientos hacia ese Belgrano “devoto de María”, que sin duda por ello había sido consagrado más que ningún otro prócer por la comunidad de Luján? Creemos que es un ejercicio interesante para adoptar los recaudos necesarios al analizar un testimonio como éste. Sin embargo, también nos advierte de sus riquezas. Aquí está otra vez, por ejemplo, el espacio simbólico en movimiento. Tanto la procesión organizada alrededor de la plaza como las palabras del escolar, aún cuando hayan sido pensadas por sus mayores, reconocen la imagen de un Belgrano heroico y “lujanense” por ser, como la mayoría de la población local, “devoto de la Virgen”. A simple vista podría parecer curioso que en la celebración del Centenario del 25 de Mayo el eje discursivo esté desplazado para exaltar la figura del renombrado «vocal» de la Primera Junta. Sin embargo, el análisis adquiere complejidad al observar que en esta figura era posible amalgamar la historia nacional con la de la «histórica villa» nada menos que a través de la devoción popular a la virgen, aún cuando se nos permita dudar de la ortodoxia de Belgrano. Loris Zanatta advierte que durante la década del treinta la religiosidad del general Belgrano fue el paradigma del cual nació el «rescate» católico de San Martín y de todos los militares «padres de la patria». Si bien, como argumenta el autor, esta reinterpretación en sentido confesional de la historia nacional habría de alcanzar su madurez recién hacia fines de la década del treinta⁹³, el caso de Luján estaría mostrando que este proceso de revisión histórica se habría iniciado en las décadas anteriores. De ahí la importancia de su análisis.

⁹⁰ Lilia Ana Bertoni, op. cit.

⁹¹ Acerca de los rituales escolares en torno a la entonación del Himno Nacional a través de la Historia Argentina, ver Esteban Buch, **O juremos con gloria morir. Historia de una épica de Estado**, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

⁹² Antonio Scarella, op. cit., pp. 394-395.

⁹³ Loris Zanatta, op. cit., pp. 145-156.

No importa entonces si las palabras del escolar surgieron espontáneamente de su mente o si fueron “dictadas” por sus mayores. Cuando ellas fueron pronunciadas públicamente y las procesiones y los homenajes fueron repetidos por cada uno de los asistentes, la internalización del relato histórico, la identificación como “argentinos” y “lujanenses” y la cohesión entre los miembros de la comunidad se produce cada vez con mayor facilidad. Sobre este último aspecto, no parece inocente el reconocimiento por parte del alumno al intendente Juan G. Kaiser⁹⁴, quien aparece no sólo como responsable de los destinos comunales, sino también como guardián de su memoria al tomar la decisión de colocar la piedra fundamental de la estatua ecuestre de Belgrano.

Pasados los festejos del 25, un nuevo acontecimiento conmociona la ciudad: enviada por el Rey de España Alfonso XIII la Infanta Isabel de Borbón visitó las calles de Luján. Según el relato de Udaondo, el recibimiento fue grandioso; todo Luján se agolpó en las calles⁹⁵. El intendente don Juan G. Kaiser le dio la bienvenida y en el templo se realizó la entrega oficial del estandarte español a la “nación Argentina”. Unos meses antes, el acontecimiento era anunciado por una revista española en estos términos:

«Y ahora que marchará pronto a la Argentina una lucida comisión de la Nación española, presidida por su Alteza la Serenísima Señora Infanta, doña Isabel de Borbón, para dar realce a las fiestas que han de celebrarse allí con motivo del centenario de su independencia, parece propio que una vez más en señal de reciprocidad de afectos y **nuevo vínculo religioso, patriótico, comercial, la misma nación Española, madre fecunda de aquellas nobles hijas, que hoy son legítima y purísima gloria de la civilización cristiana de nuestra raza en aquellas regiones**, envíe también el estandarte de España para que sea colocado en el Santuario y Basílica Nacional de ‘Nuestra Señora de Luján’, en Buenos Aires [...], estrechándose así los vínculos que en religión, lengua, costumbres e intereses nos unen a Españoles y Americanos.»⁹⁶

La cita es bastante elocuente. Si con anterioridad habíamos analizado el interés de algunos grupos de la élite intelectual por redefinir la tradición nacional en términos hispánicos, estos párrafos nos advierten sobre la necesidad de la propia España por legitimar el nuevo vínculo fraternal no sólo con la Argentina sino también con los demás Estados Americanos que constituían su Imperio ultramarino. Este proceso difuso de «panhispanismo» comenzó a gestarse en España a fines del siglo XIX utilizando como instrumento conceptual la idealización de la conquista de América y sobre todo la noción de «comunidad de origen». De ahí que en 1888 Barcelona inauguró el monumento a Colón y Madrid lo hizo en 1892, en ocasión del «cuarto centenario» del descubrimiento. Posteriormente, en 1899, el Vaticano propició la celebración de misas de gracias y de solemnes Tedeum en todas las parroquias de América Latina los domingos más próximos al 12 de octubre. En ese mismo año se realizó la repatriación a España de los supuestos restos de Colón desde la Catedral de La Habana y además comenzó a difundir-

⁹⁴ Juan G. Kaiser contó con una activa participación en la escena política local; fue intendente entre 1915 y 1916 y fue comisionado durante un breve período de 1931.

⁹⁵ Enrique Udaondo, op. cit., p. 227.

⁹⁶ Las negritas son nuestras; *El Pilar de Zaragoza*, Revista mariana, 5 de abril de 1910, en Antonio Scarella, op. cit., p. 395.

se una notable corriente «americanista», de filiación liberal o, incluso, republicana que abogó por un «reencuentro» con las naciones americanas tras la derrota española en Cuba. Estos antecedentes prefiguraron en 1918 la institucionalización en España de «la fiesta de la Raza» a celebrarse todos los 12 de octubre de cada año⁹⁷, con lo que se trataba de consolidar los lazos de unión con las antiguas colonias —ya que todas tenían algo que festejar el 12 de octubre— por encima de los rencores históricos. Como bien lo expresa Serrano, la Nación española necesitaba proclamar una fecha fundadora, como mito originario. Pero al no encontrar en su propia historia una referencia suficientemente común como para considerarla fundacional tuvo que celebrar una proeza exterior, la conquista de un imperio que ya no era tal, para afirmar una identidad colectiva interior.

La visita de la Infanta Isabel a Buenos Aires y a Luján y sobre todo las palabras que la anuncian, evidencian que España necesitaba celebrar su propia existencia redescubriendo América y dando una continuidad simbólica al mito de la noble raza hispano-católica⁹⁸. En contrapartida, para algunos sectores de la elite argentina, la «homogeneización» de las raíces podía hacerse en los mismos términos. Así lo evidencian las palabras pronunciadas por Scarella en 1925 cuando el hispanismo ya ha crecido mucho en influencia; para el autor la entrega oficial del estandarte español

«era como una dulce sonrisa de la Madre Patria a la Hija aprovechada, bajo la mirada cariñosa de la Madre Celestial de ambas, que sucesivamente las agraciara con la protección de este mismo país, primero como Colonia Española y después como Nación Independiente.»⁹⁹

Sin embargo, no todos en la Argentina compartían los mismos sentimientos respecto a la «Madre Patria» y mucho menos aún respecto a la visita de la Infanta Isabel de Borbón. Los grupos anarquistas porteños habían intentado realizar manifestaciones de protesta ante la llegada de la Infanta al puerto de Buenos Aires¹⁰⁰. Y en Luján la influencia anarquista no era para nada desdeñable. De ahí que el temor a que estos sectores empañaran los festejos estaba presente hasta en las personas más alejadas de los círculos políticos e intelectuales. Ello queda demostrado en las descripciones realizadas por los propios acompañantes de la infanta, que una vez llegados a España publicaron un interesante volumen¹⁰¹.

En esta publicación el cronista relata que una vez llegado a la Estación «11 de septiembre», donde debían tomar el tren a Luján, se le acercó una viejecita y le preguntó:

⁹⁷ Carlos Serrano, op. cit., pp. 319-320.

⁹⁸ Ibidem, pp. 324-329.

⁹⁹ Antonio Scarella, op. cit., p. 397.

¹⁰⁰ Es importante recordar el temor provocado por el atentado al Teatro Colón el 26 de mayo de 1910 justamente en medio de los festejos del Centenario; José Luis Moreno, «A propósito de los anarquistas italianos en la Argentina, 1880-1920», *Cuadernos de Historia Regional*, Luján, 1985, p. 56.

¹⁰¹ Marqués de Valdeiglesias, *Las fiestas del Centenario en la Argentina. Viaje de S. A. R. la Infanta D^a Isabel a Buenos Aires*, Madrid, 1911. En 1911 apareció en España una publicación en la que se relataban los acontecimientos producidos durante el viaje realizado por la infanta Isabel de Borbón a la Argentina en ocasión de celebrarse los festejos del centenario de la Revolución de Mayo.

- «- Diga Usted, ¿cuál es, de todas esas señoras, la infanta?
 - Aquella - digo yo, señalándosela.
 - Que Dios la guarde, y que la de Luján la libre de esos pícaros!...
 - ¿Qué pícaros?
 - Los anarquistas, señor.
 - Pierda usted cuidado, señora: los anarquistas no le harán nada a S. A.
 - ¿Por qué?
 - Porque saben muy bien que la infanta tiene sangre real, pero que es más demócrata que nadie; parece una flor del pueblo. ¡Que dirían los pobres, los desheredados, los afligidos!...; Nada, pierda usted cuidado!...
 Entramos en los coches , y un momento me producen impresión los temores de aquella mujer, porque no habla ella por gusto de hablar... La verdad es que se ha dicho en todos los tonos: que si los anarquistas... que si en Luján...»¹⁰²

Sin embargo, parece ser que nada de lo temido ocurrió realmente en Luján. En los periódicos locales no aparecen indicios de que ninguna manifestación hubiera empañado los festejos. A su vez, el mismo cronista español que guardó registro de los pormenores del viaje a Luján finalizaba su relato advirtiendo que al llegar de vuelta a la Estación 11 de septiembre advierte la presencia de la misma viejecita con la que se había topado antes de salir. Parece ser que la anciana «rezaba sobre una estampa de Luján». Conmovido al recordar este hecho, el cronista le manda «...este despacho de la telegrafía del alma: ¿No lo ve usted, señora?... De aquello que usted temía, nada.»¹⁰³

Evidentemente, las tensiones sociales parecen salir a flote aún cuando los festejos oficiales se empeñan en disimularlos. Exceptuando este comentario respecto al temor a los anarquistas, las descripciones que realiza el cronista español parecen demostrar una cohesión social digna de admirar, o al menos, necesario de exteriorizar. Por ejemplo, respecto de la llegada de la infanta a la estación de Luján cuenta que una vez que las autoridades subieron a los coches oficiales comenzó el desfile: «[...] una banda de música local hacía oír alegre marcha, y poco antes de llegar al santuario la Sociedad Española de la Virgen del Pilar escoltó al carruaje». Además, había «unos cuantos lujanenses o acaso españoles» que «evocan vagamente la catadura de los antiguos gauchos».

Evidentemente, el evento había convocado a la mayor parte de la población local: «las casas estaban pobladas de gente, y las escuelas locales, formadas, saludaban con sus banderas. La Infanta, deseosa de presenciar el cuadro, ordenó que se abriese el landó, y puesta en pie, comenzó a saludar con ambas manos a la multitud que entusiásticamente pugnaba por acercarse hasta ella, mientras que el gentío gritaba: ¡Viva la Infanta Santa! ¡Viva Isabel la Católica! Esa Isabel La Católica era Su Alteza».

Al escuchar estas frases, la sorpresa de la delegación española habrá alcanzado su máxima expresión. No sólo los lujanenses equiparaban a la Infanta con una Santa, también ¿la confundían? con Isabel la Católica. El catolicismo se trastrocaba con la devoción a España. Sin embargo, sin bien ciertos sectores del poder político y cultural a nivel nacional estimulaban esta confluencia, podemos advertir que en Luján esta integración se daba aún con mayor fuerza ante el asombro de la propia delegación española. Esta

¹⁰² Ibidem, p. 429.

¹⁰³ Ibidem, p. 434.

conjunción de sorpresa y alegría aparecen muy bien registradas en las descripciones del cronista:

«Al salir de la estación leemos «Avenida de España». Sin duda, la presencia de la Infanta inspiró este renacimiento de amor patrio. La caravana de coches pasa bajo un arco adornado con nuestros colores nacionales que al frente ostenta esta inscripción: 'A su Alteza Real la Infanta Doña Isabel, sus compatriotas de Luján' y en el otro lado: 'al pueblo y a las autoridades de Luján, los españoles agradecidos'. En un edificio vemos este letrero: Banco Popular Español. ¡Siempre España!. [...] El recibimiento parece el de una ciudad española. Y eso se nos antoja Luján, un gran pueblo andaluz, con sus casas de un solo piso, adornadas de grandes hasta el suelo, que hacen pensar en pláticas de amor y nocturnas serenatas y con calles anchas y limpias tiradas en cordel.»¹⁰⁴

No hay duda acerca de las enormes semejanzas urbanísticas entre Luján y las ciudades españolas. Ni tampoco sobre las causas por las cuales esas similitudes afloraban de una manera tan transparente en esta ciudad. Además de la firme decisión de los gobiernos comunales de construirlas y fomentarlas, no debemos olvidar la temprana formación de la colectividad española y su enorme influencia en la estructura socioeconómica de la región.¹⁰⁵

Por otro lado, estudios realizados advierten acerca de la acción propagandística reforzada por la propia élite española sobre todo desde fines del siglo XIX tendiente a reafirmar entre los inmigrantes el apego a los valores de su tierra originaria, exaltar sentimientos patrióticos y recrear identidades de origen.¹⁰⁶

De ahí que no puede sorprendernos el extraordinario «culto a España» que prevalece en los lujanenses y que parece activarse ante la visita de la infanta. Como bien lo deja traslucir el relato del cronista español, las similitudes materiales se trasmutaban a su vez en semejanzas espirituales que aparecen no sólo como vitales, sino sobre todo propias de la comunidad lujanense. Dentro de ellas, el catolicismo ocupaba un lugar central.

En este contexto debemos analizar la festividad del 8 de diciembre de 1910 en la que se realiza la habilitación y bendición del nuevo templo, en medio de la ceremonia presidida y apadrinada por el gobernador de Buenos Aires general don José I. Arias, sus ministros y diversas personalidades. Ese día, Luján da por culminados los festejos del Centenario¹⁰⁷. Aproximadamente a las 9 de la mañana un estampido de bombas prologaron la llegada de las autoridades a la plaza Colón, sede del poder municipal. Según el relato de Scarella

¹⁰⁴ Ibidem, pp. 436-437.

¹⁰⁵ Norberto Marquiegui, «Liderazgo étnico...», op. cit., p. 135. Según datos obtenidos de los tres primeros censos nacionales el autor advierte que ya en 1869 los españoles eran el grupo nacional europeo más representativo de todos los arribados a Luján. Si bien entre 1870 y 1880 se observa un declive considerable, desde 1881 se advierte una lenta pero sostenida recuperación de grupos inmigratorios españoles. Entre 1895 y 1914 los inmigrantes españoles se convierten en el grupo de mayor crecimiento del período, consolidándose como la segunda comunidad en importancia detrás de los italianos.

¹⁰⁶ Ibidem, p. 141.

¹⁰⁷ Enrique Udaondo, op. cit., p. 227.

«Monseñor Terrero con sus familiares y otros sacerdotes se dirigen directamente a la Basílica, mientras el Señor Gobernador y sus acompañantes invitados por el Intendente Municipal, Señor Kaiser, bajan en la intendencia donde las autoridades comunales, las Sociedades y el pueblo lujanense aguardaban al primer Magistrado de la Provincia para darle la bienvenida [...]»

Es de destacar, hasta aquí, la importancia de los “rituales” y los espacios en las celebraciones festivas ya que en este caso ellos parecen marcar notablemente la convergencia de los poderes eclesiásticos y civiles en ceremonias que tienen diferentes actores centrales. Una ciudad en fiesta no sólo refleja la cohesión social sino también las diferencias que se manifiestan en la sociedad y por lo tanto sus relaciones de poder¹⁰⁸. No parece extraño entonces que mientras los representantes de la Iglesia continúan su paso hacia el templo, los representantes del poder político bajen en la Intendencia recién inaugurada frente a la “Plaza Colón” para reencontrarse con el pueblo que le da la bienvenida. Desde la Intendencia, continúa Scarella

«el Gobernador y su comitiva se pusieron en marcha a pie hacia la Basílica. Formándose una columna encabezada por la banda ‘Santa Cecilia’ y en las que iban las autoridades comunales, las sociedades españolas, italianas de Socorros Mutuos, Príncipe di Nápoles, Figli dei Lavoro y Círculo de Obreros con sus banderas o estandartes y numeroso pueblo. Al paso de la columna los niños de las escuelas arrojaban flores y agitaban banderitas.»¹⁰⁹

Con anterioridad advertimos que si las fechas y los motivos de los rituales tienen su significación, también la tienen los espacios. Ciertos sitios expresan el poder mejor de lo que podría hacerlo cualquier explicación, por lo cual la topografía simbólica de una gran ciudad deviene en topografía social y política¹¹⁰. Las dos plazas de Luján, la cívica y la religiosa, estaban interconectadas por la calle San Martín, que justamente lleva el nombre del «padre de la Patria». Por esta calle se realiza el desfile de a pie, vale decir, desde el presente, hacia el pasado¹¹¹ en medio de festejos populares de los que participan nuevamente los niños, las asociaciones de inmigrantes y, por supuesto, el Círculo de Obreros «católicos». Las autoridades políticas y la sociedad local concurren como «invitados» y parecen caminar en armonía hacia el gran templo en el que aguardan como dueños de su propio espacio simbólico los representantes del poder eclesiástico. De forma similar a lo que ocurre en la ciudad de Buenos Aires con el conjunto arquitectónico constituido por la plaza de Mayo, la avenida del mismo nombre y la plaza Congreso inaugurada en 1910¹¹², el circuito de la plaza Colón, la calle San Martín y la plaza Belgrano fueron saturadas de contenido simbólico constituyendo el eje cívico donde se

¹⁰⁸ María Pilar Monteagudo Robledo, op. cit., pp. 47-48.

¹⁰⁹ Antonio Scarella, op. cit., p. 405.

¹¹⁰ Georges Balandier, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós Studio, 1994.

¹¹¹ Raúl Fradkin y otros, op. cit.

¹¹² José Emilio Burucúa y Fabián A. Campagne, op. cit., p. 378.

realizaban los actos públicos y las marchas cívicas y militares. Aunque pareciera ratificar el espacio público ya consolidado, los festejos del centenario en Luján provocaron un sutil desplazamiento al reunir dos circuitos relativamente diferentes en uno: por un lado, el religioso (la plaza Belgrano) y por otro, más hacia el este, hacia donde se expandía la ciudad, el cívico (la plaza Colón) quedando definitivamente consagrados como el circuito monumental, elegante y a la vez festivo de la ciudad¹¹³.

Una vez producida la llegada a la plaza Belgrano, el gobernador I. Arias, padrino de la celebración¹¹⁴, el resto de la comitiva oficial y la comunidad local ingresaron al templo donde tuvo lugar la ceremonia religiosa y la bendición del edificio. Allí, monseñor Terrero pronunció un discurso en donde fundamenta la fecha elegida para la inauguración del templo. Según el relato de Scarella

«Hizo notar que era justo inaugurarlo en 1910, año de las más grandes efusiones cívicas, por cuanto próceres como Belgrano, French, Soler y otros muchos habían demostrado hasta qué punto llegaba en los fundadores de la nacionalidad argentina su devoción a la Imagen portentosa de la Inmaculada Madre de Jesús.»¹¹⁵

Nuevamente, la disertación es clara al respecto. La tradición local se entrelazaba con la tradición nacional a través de dos elementos básicos: por un lado, el pasado hispano-colonial representado por el edificio del Cabildo; por otro lado, la devoción de los próceres de la Independencia por la Virgen María, lo que fundaba la noción de «nación católica» que adquirirá plena vigencia en el país durante la década del 30¹¹⁶. Así como en 1810, la Iglesia y el Estado se «habían dado la mano» para celebrar la independencia, la unidad y complementariedad de las esferas políticas y religiosas en la celebración de los festejos de 1910 quedaba explicada al ser inserta dentro de la propia «historia» de la «tradición nacional».

4. Conclusión

Retomando el concepto «imagen de marca» acuñado por Alain Mons¹¹⁷, podemos decir que ésta nos advierte sobre la representación de sí mismos que producen los municipios ya que permite fijar e indicar la coherencia de un conjunto de acciones llevadas a cabo para promoverlos. Estas «imágenes promocionales» se difunden a través de una

¹¹³ Gorelik propone este tipo de análisis para identificar los cambios urbanísticos producidos en la ciudad de Buenos Aires durante los festejos del centenario poniendo especial énfasis en resaltar la importancia del eje constituido por la plaza de Mayo, la avenida de Mayo y la plaza Congreso como circuito representativo de la ciudad de Buenos Aires; Adrián Gorelik, op. cit., pp. 194-197.

¹¹⁴ La madrina de la celebración fue la señora Carolina Lagos de Pellegrini, presidenta de la Comisión Colectora «Damas de Nuestra Señora de Luján»; «Un gran templo para la fe popular», en **100 años de la Coronación de Nuestra Señora de Luján 1887-1987**; edición especial de *El Civismo*, Luján, 1987, p. 12.

¹¹⁵ Antonio Scarella, op. cit., p. 406.

¹¹⁶ Loris Zanatta, op. cit.

¹¹⁷ Alain Mons, op. cit., pp. 79-80.

nebulosa iconográfica que parece condensarse en tres fases y soportes de circulación de los mensajes visibles: 1) la producción iconomediática, 2) los efectos discursivos, 3) el acontecer.

En el caso de Luján podemos comprobar que el primer elemento está constituido en 1910 por las imágenes y fotografías condensadas en los afiches del álbum del centenario. El segundo de ellos, por las «descripciones» escritas por los autores que acompañan a las imágenes, los versos y relatos patrióticos aportados por los «vecinos» más reconocidos y los «discursos» de las autoridades que son recogidos por la prensa o por los intelectuales de la localidad. Por último, el acontecer, donde se enmarcan las conmemoraciones, las manifestaciones públicas y las crónicas sociales, puede identificarse en dos áreas específicas: por un lado, nuevamente en las páginas del álbum, que dedica especial atención en detallar los casamientos, las festividades y las actividades económicas y sociales de la sociedad local. Por otro lado, en las propias celebraciones festivas.

El ciclo festivo del Centenario se constituye en elemento clave para entender el funcionamiento de la sociedad a nivel local y su interrelación con las esferas políticas y religiosas a nivel nacional. Si bien algunos acontecimientos parecen plasmarse en las imágenes del álbum, los «relatos» del acontecer, los recuerdos que Udaondo y Scarella tienen de las fiestas, parecen acercarnos más al movimiento de los sucesos. Advertimos claramente que los relatos no constituyen el acontecer. Para el historiador este es inalcanzable; sin embargo, permite aproximarnos a él analizando cómo fueron registrados e interpretados los sucesos. Sin embargo, debemos destacar que ellos no constituyen para nosotros sólo «recuerdos» de la festividad; por el contrario, también se constituyen en «discursos» que, tanto en la década del 20 con Scarella como en la del 30 con Udaondo, intentan convertir los festejos del Centenario en un hito tradicionalista.

Este conjunto de acciones fueron llevadas a cabo no sólo por las autoridades civiles y eclesiásticas; sino que formó parte de un proceso más complejo que involucró a las colectividades de inmigrantes, al municipio, a los notables locales y al común de la población lujanense para dar cumplimiento a dos objetivos primordiales; por un lado, intensificar el proceso de identificación de los ciudadanos «lujanenses» con su localidad, por otro lado, promocionar la ciudad de Luján al resto de la población como «capital espiritual de la nación», como sitio elegido de encuentro entre «la Fe y la Historia», tal cual como hoy en día aparece declarada.

Sin embargo, estos propósitos estaban lejos de realizarse a no ser que se encontrara una manera de insertar el pasado de la ciudad de Luján con una «tradición nacional» que la admitiera como tal. Los espacios urbanos jerarquizados por las autoridades constituían metáforas visibles¹¹⁸ de esa tradición. Si bien existía una tensión entre la tradición liberal imperante en el país que renegaba de la tradición hispanista¹¹⁹, la vitalidad de ese acercamiento a España se hace acentuadamente visible en Luján en el área histórica y devocional que remitía al pasado colonial. Ese mismo espacio, además, agregaba otros signos a la tradición: el catolicismo representado por el templo y por los héroes de la época independentista consagrados a la virgen María. Belgrano, por ejemplo, había sido incluido en una reinterpretación confesional de la historia nacional y apartado de la

¹¹⁸ *Ibidem*, pp. 12-13.

¹¹⁹ Ricardo Rojas es el máximo referente del antihispanismo de la época.

tradicional visión liberal donde había quedado situado por la historiografía del siglo XIX. La calle San Martín recuerda al hombre que Ricardo Rojas consagrará en la década del treinta como prócer máximo de la Patria¹²⁰ y, finalmente, la plaza Colón remitía a ese ferviente hispanismo que celebraba el encuentro de «madre» e «hija» convirtiéndolas en una misma «comunidad» de valores.

En estos «lugares públicos» se realizaron las festividades del Centenario, en ellos la comunidad local y nacional se celebraba a sí misma. La primera demostrando su progreso material y su vital sociabilidad en el marco de una ciudad en la que se hacían presentes el Estado y la Iglesia para celebrar la religiosidad y el patriotismo de la «tradicción» local; una tradición que permitió la construcción de una fuerte «identidad local» que identificó a los «lujanenses» –inmigrantes o criollos– con un espacio urbano «propio» que los incluyó y los hizo partícipes. A través de estos ritos y de las festividades celebradas en ellos, la gente fue adquiriendo una «experiencia» común, un modo de socializarse y relacionarse que los diferenciaba de las demás ciudades. Es aquí precisamente, donde vemos el proceso de «argentinización» en movimiento. Si ser «lujanense» constituye un orgullo para la mayor parte de la sociedad lo es en la medida en que esta ciudad obtuvo un lugar central en la historia de la nación. En ella, el Cabildo, la Casa del Virrey, la Plaza, y principalmente la devoción a la Virgen iniciada en 1630 se convierten en signos palpables de la «tradicción nacional». Si ser «Argentino» significaba remitirse al noble pasado colonial, hispano-católico, ser «Lujanense» significaba reforzar doblemente esa identidad, no debilitarla.

¹²⁰ Ricardo Rojas, *El santo de la espada*, Buenos Aires, 1933.